

REPENSAR LA IDENTIDAD SUPONE UNA RECONFIGURACIÓN TOTAL

Rafael Luciani¹

Algunos aspectos que he venido discerniendo en estos días se han nutrido gracias a las reflexiones y los aportes que se han compartido en este espacio, particularmente en las mesas de trabajo. Desde mi perspectiva, la crisis que enfrentamos no es simplemente una crisis de prácticas o relaciones; es una crisis de identidad. Una crisis sistémica, estructural, que exige repensar nuestra propia identidad.

Este punto de partida implica un enfoque integral, más allá de cómo nos tratamos, si nos escuchamos o si nuestras relaciones son armónicas. Repensar la identidad supone una reconfiguración total. Un ejemplo paradigmático lo encontramos en el Concilio de Trento, donde se gestó una figura completamente nueva de Iglesia, tanto en sus sujetos ministeriales como en las estructuras que se crearon.

Una nueva subjetividad eclesial a la luz de la sinodalidad

Hoy, en el marco de la sinodalidad, estamos llamados a generar también una nueva subjetividad eclesial que toque no solamente las dimensiones ministeriales, sino también las carismáticas. Sin embargo, este proceso enfrenta un obstáculo significativo: el sacramento del orden.

Son muchas las interrogantes que se pueden plantear para reflexionar, el orden por ejemplo, ¿este sacramento está asociado en sus tres grados al género masculino en particular? ¿En torno a qué se configura la identidad de este sujeto eclesial? ¿cómo comprender el ejercicio de la autoridad y su relación con el orden? En este sentido, el clericalismo y los abusos no son problemas aislados, sino síntomas de una crisis sistémica que tiene que ver con el modo de comprender la identidad de este sujeto eclesial. Denunciar casos puntuales sin abordar el sistema es insuficiente. Tapamos un problema hoy, y mañana surge otro, porque el origen de esta crisis no es reciente.

¹ Laico venezolano, Doctor en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana e investigación postdoctoral en la Julius Maximilians Universität. Profesor Titular de la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas y ha sido Extraordinario en la Escuela de Teología y Ministerio del Boston College. Enseña eclesiología, Concilio Vaticano II y Cristología. Sirve como perito del CELAM, miembro del ETAP (equipo de teólogos/os asesoras/es de la presidencia de la CLAR), y miembro Experto de la Comisión Teológica de la Secretaría General del Sínodo.

El desafío de repensar la identidad clerical

¿Dónde ponemos el foco? Si solo atendemos las relaciones de autoridad — superior e inferior— sin cuestionar la identidad subyacente, perpetuamos las mismas prácticas. Transformar el modelo clerical requiere repensar profundamente la identidad que le dio forma. La historia de la Iglesia demuestra que este tipo de transiciones no son nuevas. Lo novedoso es que aún no hemos tenido el valor de emprenderlas en nuestro tiempo.

Como laico, me pregunto: ¿Por qué no comenzar ya con procesos de escucha, discernimiento, consulta y cambio? ¿Por qué esperar al próximo capítulo, asamblea o encuentro? ¿Cuántos años más hay que esperar? La Asamblea Eclesial Latinoamericana es un ejemplo. No estaba planeada como tal; originalmente se pensó como una nueva Conferencia General del Episcopado. Sin embargo, el papa Francisco propuso un modelo diferente, una Asamblea Eclesial, lo que dio lugar a una figura completamente nueva, a una nueva institución sinodal. Es importante destacar que se creó algo nuevo para que pudiera responder a un modelo institucional sinodal.

El desafío de reconocer la autoridad compartida

Este modelo plantea preguntas fundamentales sobre la autoridad: ¿Qué peso tiene un documento final nacido de una asamblea eclesial en la que no participan solamente obispos? ¿Cómo reconocemos la autoridad de una palabra que es fruto del diálogo colectivo? Aceptar esta autoridad implica replantear la identidad con la que hemos sido formados, una identidad que no siempre reconoce la legitimidad de lo comunitario y lo construido en conjunto.

Fracasos y renovaciones

Si queremos renovarnos de verdad, debemos ser capaces de hablar de los fracasos. Es fácil emprender renovaciones superficiales, enfocándonos solo en aspectos concretos donde percibimos fallos. Pero hay modelos eclesiales fracasados que aún coexisten con los nuevos, generando tensiones y yuxtaposiciones.

Un punto de partida podría ser revisar los procesos formativos. ¿Qué leen quienes están en las casas de formación y los seminarios? ¿Qué textos forman a quienes integran nuestras comunidades? Pero no se trata solo de cambiar libros, sino también hay que considerar quién los enseña, ya que el profesorado también puede perpetuar una visión desfasada o no alineada con la eclesiología conciliar. Renovar la bibliografía, los programas y las dinámicas de enseñanza es esencial. Sin embargo, si las

metodologías siguen siendo unidireccionales, seguimos atrapados en el mismo problema.

Hacia una Iglesia sinodal

La sinodalidad debe ser más que un concepto; debe convertirse en un modo natural de proceder que configure nuestra forma de ser y actuar. Esto exige reconfigurar nuestras estructuras, nuestras relaciones y nuestra formación. Requiere lo que podríamos llamar una *sinodalización* de la Iglesia: vivir y actuar sinodalmente.

En el Documento Preparatorio del Sínodo, se afirma con fuerza que solo si comenzamos procesos de escucha, discernimiento y toma de decisiones conjuntas, podremos imaginar y construir una Iglesia sinodal. Pero tenemos que dar este pequeño paso para comenzar a sinodalizarnos.

Invitación a actuar ya

Entonces, vuelvo al punto de partida: ¿Qué nos detiene? Necesitamos comenzar ya con procesos de reconfiguración de las identidades eclesiales, como decía anteriormente, lo cual supone iniciar prácticas institucionales de escucha recíproca y discernimiento en común, que lleven a decisiones compartidas y pongan en práctica la corresponsabilidad. Solo así podremos avanzar hacia una Iglesia verdaderamente sinodal.

La esperanza que tengo es que la Vida Religiosa tome la decisión de iniciar estos procesos de sinodalización de toda la vida eclesial ahora, sin esperar más. ¿Qué nos detiene?